

MENSAJE FINAL DEL COMGUA IV

FIJOS LOS OJOS EN JESÚS (Hb 12,2)

Acogidos con calor de amigos y hermanos por la diócesis de Sololá-Chimaltenango, más de 2,000 discípulos misioneros (laicos/as, religiosos/as, sacerdotes y obispos), de todas las Diócesis de Guatemala, de la Prelatura de Esquipulas y de los dos Vicariatos Apostólicos, hemos celebrado en Chimaltenango, durante los días 7 al 9 de noviembre, El IV CONGRESO MISIONERO GUATEMALTECO (COMGUA IV), en torno al lema: “Fijos los ojos en Jesús, que inicia y hace plena nuestra fe”. A este Congreso de adultos y jóvenes precedió, en noviembre de 2013, el Comgua de niños, celebrado también en Chimaltenango. Los niños y niñas de nuestras parroquias sintieron también el llamado de Jesús a ser sus pequeños discípulos misioneros.

Una experiencia de la “mística de estar juntos”

Al término de esta celebración, queremos compartir con todos los hermanos y hermanas de nuestra Iglesia en Guatemala, que hemos experimentado el gozo de estar juntos, de encontrarnos y abrazarnos con los participantes de todas las delegaciones diocesanas, con el gran grupo de voluntarios y voluntarias, en su mayoría jóvenes, con el abrazo eclesial entre obispos, laicos y laicas, religiosas y sacerdotes y con las familias que han abierto sus puertas y sus corazones para acogernos. Así es: nuestra primera y gran alegría ha sido vivir la mística de la fraternidad para una nueva experiencia de misión.

La misión, una opción “contracultural”

En medio de las dificultades e, incluso de las amenazas para la fe que nos plantea la cultura globalizada en que vivimos, cuando intenta cerrarnos en nosotros mismos y llega hasta “prohibirnos” que pensemos en términos de comunidad, hemos percibido que, como discípulos de Jesús, nacimos de la

misión y vivimos para la misión. Nos hemos convencido aún más de que una Iglesia que no es misionera no es la Iglesia de Jesús y de que un discípulo que no es misionero, deja de ser discípulo. Nos hemos hecho más conscientes de que la transformación misionera de la Iglesia, a la que nos convoca el Papa Francisco, pasa por la transformación misionera de cada uno de nosotros, que, cómodos en la orilla, nos da miedo la intemperie; instalados en el centro, nos asustan las periferias; seguros en el templo, no nos involucramos en la vida de la gente, especialmente de los más empobrecidos y excluidos,

Fijos los ojos en Jesús...

El lema del Congreso nos ha invitado a “fijar los ojos en Jesús”. Hemos tomado nueva conciencia de nuestra necesidad de volver a Jesús y a su mensaje. No porque lo hayamos abandonado. ¡No!, sin Él nuestra vida no tendría sentido. Quizás, porque, en nuestro camino de fe, nos hemos ido cargando de tantas cosas secundarias, de tantas pequeñas normas de funcionamiento, de tantos pequeños o grandes rituales, de tantas leyes humanas, de tantas costumbres poco evangélicas..., que, incluso a nosotros mismos, se nos ha oscurecido lo esencial del Evangelio: el amor tan grande que Dios nos tiene y que nos lo ha mostrado en Jesús, muerto y resucitado para nuestra salvación.

Tener “los ojos fijos en Jesús” significa para nosotros que no puede haber otro estilo misionero que no sea el suyo. Jesús quiso mostrarnos al Padre, mediante un amor hasta el extremo. Siguiendo sus huellas, queremos anunciar el amor del Padre con la palabra y con la vida, haciéndonos una Iglesia samaritana, capaz de curar las graves heridas de nuestro pueblo, tocando la carne de Cristo en el dolor de nuestros hermanos y hermanas. Apostamos por una misión que nos haga compartir el sufrimiento real, concreto y cercano de nuestras gentes, que nos haga acompañantes de su camino y no meros espectadores de sus dolores y luchas; que nos haga apuntar a Dios como meta, metidos de manera seria y comprometida en esta historia que compartimos con

todos los guatemaltecos y guatemaltecas; una historia que compartimos y que a nosotros también nos duele.

... que hace plena nuestra fe.

Nos ha llenado de gozo volver a descubrir que “Jesús hace plena nuestra fe”, no sólo ilustrando nuestras mentes con un conjunto de verdades, sino transformando nuestra vida en la entrega. Hemos tomado conciencia de que no puede ser misionero o misionera alguien a quien los demás no le importen de verdad, y que el acto misionero nos lleva a entendernos a nosotros mismos en éxodo y como un don: saliendo siempre para entregarnos más y mejor. Desde la responsabilidad de ser discípulos misioneros en un cambio de época, hemos percibido la necesidad de perder el miedo, apostando por una misión renovada y creativa que, sacándonos de la rutina, nos abra a las sorpresas de Dios, que toma siempre la iniciativa.

Nos hemos sentido emocionados e interpelados de nuevo por la plenitud de fe a la que Jesús llevó a nuestros mártires. No hemos hecho de ellos un mero recuerdo formal; hemos hecho “memoria” de quienes, hoy, nos están pidiendo que nos dejemos llevar hasta la plenitud de la entrega.

Conversión personal y pastoral

Desde un sincero deseo de conversión permanente, personal y pastoral, le hemos pedido a Jesús, para nosotros y para todos los discípulos misioneros de nuestra Iglesia de Guatemala, que rompa los esquemas aburridos en que, a veces, tenemos la tentación de encerrarlo, desde las nostalgias de un tiempo ya pasado. Que no tengamos miedo a la fuerza renovadora del Espíritu que abre caminos nuevos a nuestra salida misionera y nos hace llegar a tantas periferias geográficas y existenciales a las que, a veces, nos da miedo acercarnos. Nos ilusiona pensar que, con la fuerza del Espíritu Santo Renovador, sí nos será posible “pasar de una pastoral de conservación a una pastoral decididamente

misionera”. El trabajo ya realizado en nuestras diócesis para poner en práctica la Misión Continental y los frutos ya cosechados, son el mejor motivo de esperanza para dar el paso al estado permanente de misión: a una Iglesia que no teme accidentarse por salir, sino a enfermarse por cerrar sus puertas, quedándose encerrada, solitaria y nostálgica, en el interior de sus propios templos. De corazón, hemos repetido a coro que ésta es “la hora de la misión y la hora de la salida”.

El gran desafío: ubicarnos en este cambio de época. Éste es nuestro tiempo.

Hemos percibido que no estamos ya en la época pasada, pero que aún no hemos llegado a la época venidera. Pero que ser, con la fuerza del Espíritu, instrumentos de este proceso de cambio no nos debe asustar. Es el tiempo de la confianza y de la valentía, el tiempo de la apuesta por Jesús y su Evangelio como respuesta a las inquietudes humanas más hondas y profundas de la gente, especialmente de los jóvenes. Es el tiempo de un discipulado misionero en tensión y “descentrado” hacia Jesús y hacia el pueblo; el tiempo de que nuestras “feligresías” pasen a ser “comunidades de discípulos”, capaces de manifestar, desde la cercanía y el encuentro, la ternura y la misericordia de Dios.

Es el tiempo de un cambio en nuestras actitudes, que nos lleve al acompañamiento y al discernimiento, descubriendo el paso de Dios en la riqueza cultural de nuestros pueblos, en la bondad de nuestras comunidades y de nuestras gentes, en la sed de Dios que inquieta los corazones de tantos. Es el tiempo de responder al llamado de Dios para la construcción del Reino, y de hacerlo desde el Espíritu Santo que lo trabajó en la encarnación de Jesús y que lo sigue trabajando en esa encarnación prolongada que es nuestra Iglesia. Es el tiempo de dar carne a la vida en el Espíritu, caminando a una espiritualidad que manifieste las gozosas exigencias de la encarnación.

Es el tiempo de atraer por la belleza del mensaje que anunciamos y por la belleza del mensaje que vivimos; por la belleza de Jesús y por la belleza de su vida. El tiempo de proponer antes que de exigir, el tiempo de cautivar antes que de amenazar. Es el tiempo de enamorar antes que de regañar; es el tiempo de volver a Jesús y, en Él y con Él, de ser y vivirnos para los demás, especialmente para quienes la cultura del individualismo desecha y excluye.

No nos toca sólo acoger, nos toca salir y llamar

La exhortación del Papa Francisco a que todas las estructuras de la Iglesia se vuelvan misioneras nos ha hecho caer en la cuenta que, en el mejor de los casos, muchas de nuestras estructuras pastorales nos sirven sólo para acoger, pero no nos valen para salir. Y hemos sentido el fuerte llamado a poner en clave misionera absolutamente todo lo que tenemos y todo lo que hacemos en nuestras parroquias y comunidades. Unos a otros nos hemos dicho que esa es la tarea en la que queremos empeñarnos, para dar continuidad a los esfuerzos realizados en esta primera fase de Misión Continental.

Para ese recorrido que nos toca hacer, hemos señalado, entre otros, el necesario protagonismo de los laicos y laicas. Ellos y ellas son la mayoría el Pueblo de Dios y deben continuar participando aún más en el discernimiento y en las decisiones pastorales en todos los niveles de la Iglesia.

Nos ha servido a todos de gran estímulo la presencia en el Congreso de un número tan elevado de jóvenes. Ellos nos hacen mirar con esperanza al futuro del Evangelio en nuestras tierras guatemaltecas.

Nos hemos fijado también en los criterios de renovación de la parroquia que ofrece el Papa Francisco: la cercanía a los hogares, la comunión y participación y la decisiva orientación a la misión. Parroquias abiertas a la colaboración con las instituciones públicas que están al servicio de la gente. Parroquias que aportan Evangelio para la transformación de la sociedad, de

manera particular a través de la presencia de laicos y laicas en el corazón del mundo, porque al mundo hay que salvarlo desde dentro, como la levadura en la masa. Parroquias y comunidades que se examinan y se equipan cada día para hacer más significativa y más creíble su salida.

Con la publicación de las conclusiones de este COMGUA IV, podremos todos compartir en comunión lo que un grupo representativo de todas nuestras Iglesias particulares hemos trabajado con ilusión.

La mayor ilusión expresada ha sido que con toda decisión entremos sin miedo en el proceso de misión permanente. Convencidos de que solo en una pastoral que apuesta por procesos permanentes de misión tienen sentido eventos misioneros tan hermosos como el COMGUA IV.

Nuestra responsabilidad en la gestación de una época nueva, nos hace pensar en la Virgen Madre, y en el estilo mariano que ella da a toda la pastoral, y que nos pide saber unir la ternura y la justicia para dar a luz el mundo nuevo que anhelamos. Que ella nos dé la sensibilidad materna que necesitamos para confiar en que “otro mundo es posible”.

Chimaltenango, 9 de noviembre de 2014